

¿Tendremos que contaros uno á uno todos nuestros males para inspiraros compasión, y alcanzar por vuestro medio las misericordias del Eterno? Vos, mejor que vuestros hijos, conocéis esos males; y el amor que nos tenéis aboga por nosotros: él es quien pide, y quien hace una dulce violencia á vuestro corazón; el amor que nos tenéis ruega por nosotros, y Vos jamás desecharéis sus ruegos. —Nos amáis, bien lo sabemos, y por nosotros habéis consentido en el sacrificio y en la muerte de Jesús, vuestro Hijo primogénito. Después de esta prueba de amor, ¿llegaríais á olvidar á vuestros hijos; ó vuestras plegarias dejarían de subir, siquiera un instante, hasta el trono de Dios? Sois nuestra abogada y el universal Refugio de los pecadores; ponemos en Vos nuestra confianza; no nos dejéis confundidos.



CAPÍTULO VII

La nube de gracia y de salud.

I

EL Señor caminará sobre una nube ligera, y entrará en el Egipto, y se conmovieron en su presencia los ídolos de Egipto, y el corazón del Egipto se consumirá en sí mismo (1). ¿A quién simboliza esa nube ligera en la cual camina el Señor, y entra en el Egipto para castigarlo? nube que siempre estuvo en la luz y nunca en las tinieblas, y á la que, por otra parte, se compara la misericordia de Dios en el tiempo de la tribulación (2). A la purísima Virgen María, que, si acompaña á Dios cuando castiga, es para implorar su clemencia y perdón en favor de los pecadores.

María tiene su morada en los altísimos cielos, y su trono se asienta sobre una columna de nubes; hizo nacer en los cielos la luz indeficiente, y cual

(1) Is., XIV, 1.

(2) Eccli., XXV, 26.

ligeramente cubrió toda la tierra (1). Es nube resplandeciente de luz y de belleza, la Virgen santísima que había de dar su propia carne al Hijo del Eterno, que puede decir estas palabras: Mi Madre me ha cubierto con un ropaje de salud, y con manto de justicia, como esposo adornado con bellísima guirnalda (2). Bien merece semejantes elogios la santa humanidad de Jesucristo, la carne imaculada y sacratísima que tomó del seno de María, carne que es el alimento para conseguir la vida eterna; y la carne de Jesús es la carne de María, purísima y sin mancha.

Es nube de misericordia y de clemencia la Madre del Hijo de Dios, el cual es bondad infinita, y descendió del cielo porque así se lo pedían las entrañas de su gran misericordia; y María lo dió á traña para el bien de los hombres.

Aún no se presentaba en el cielo de la humana existencia la preciosa nube de que hablamos, cuando ya los profetas suspiraban por ella; pues sabían que traería consigo las bendiciones de Dios: ¡Oh cielos! derramad vuestro rocío, y lluevan las nubes al Justo: ábrase la tierra y brote al Salvador (3). María, destinada para Madre de Dios, era la nube que había de dar á luz al Justo; era también la tierra sagrada de que había de nacer el Salvador, que á su vez sería como una nube de rocío en tiempo de la cosecha, cuando los segadores, fati-

(1) Eclli., XXIV, 6, 7.

(2) Is., XLII, 10.

(3) Id., XLV, 8.

gados con el calor, suspiran por la suave brisa que los refrigere (1).

La nube de Dios, la Virgen santísima, va delante de nosotros guiándonos en el camino que conduce al cielo. Iba el Señor,—se dice en el Exodo,—delante del pueblo, para mostrarle el camino; de día en una columna de nube, y por la noche en una columna de fuego; sirviéndole de guía durante el viaje, día y noche. Nunca faltó la columna de nube durante el día, ni la columna de fuego por la noche delante del pueblo (2). Dios extendió la nube sobre los israelitas, para que les sirviese de toldo; é hizo que de noche les alumbrase como fuego. Esa nube era tenebrosa por la parte que veía á los egipcios; y era muy brillante para los israelitas (3).

Quando los israelitas caminaban por el desierto, la nube del Señor caminaba también con ellos; y al tiempo de levantar el Arca para emprender la marcha, decía Moisés: Levántate, Señor, y sean disipados tus enemigos, y huyan de tu presencia los que te aborrecen. Al asentarla decía: Vuélvete, Señor, hacia la multitud del ejército de Israel (4).

María, la nube de Dios, camina delante de nosotros, señalándonos las sendas que Ella misma recorrió durante su vida santísima. Su ejemplo nos anima y consuela, su protección nos favorece; y,

(1) Is., XVIII, 4.

(2) XIII, 21, 22.

(3) Ps. CIV, 39.

(4) Num., X, 34-36.

no contentándose con esto, nos toma de la mano y nos hace caminar en su dulce compañía. Caminó por las sendas de la justicia, teniendo á Dios por fin de todas sus acciones; servir á Dios, agradecerle, y cumplir en todo su santa voluntad, era la gloria de nuestra amada Niña.

Tal fué la vida de María; y fuera de esas sendas que recorrió con tanta perfección, en vano buscaremos la verdadera dicha. Lejos de la justicia no hallaremos la paz; porque una y otra viven siempre estrechamente unidas.—Si no tenemos á Dios por fin de nuestras obras, no hay que esperar premio ninguno; y en vez de recompensa, Dios mandará sobre nosotros sus castigos.

Servir á Dios, procurar agradecerle y cumplir su voluntad divina, es todo el hombre, y lo único necesario que debemos practicar. Si servimos al mundo, tal vez nos recompense; mas tendrá que hacerlo con bienes efímeros é indignos de la nobleza de nuestro sér; y después vendrán sobre nosotros sus desprecios, y olvidará para siempre nuestro nombre. Nada de esto podremos descubrir en el amor que nos tiene María; porque nos ama con amor profundo, generoso y constante; no nos ama porque necesite de nosotros. Teniendo á Dios consigo, siendo su Madre verdadera, el objeto de todos sus amores, y Reina del cielo y de la tierra, de nadie necesita para ser perfectamente dichosa. Nos ama porque así lo piden su bondad dulcísima, y el ser la madre que el Señor nos dió. Por esto hallamos en su seno la fuente de la divina misericordia; y nos colma de gracias, nos

defiende de todos nuestros enemigos, y siempre está con nosotros.

La nube que acompañaba á los israelitas, les servía de refrigerio, de alivio y de consuelo; y mientras envolvía en densas tinieblas á los enemigos del pueblo de Dios, á este pueblo lo iluminaba con apacible y dulce claridad. Jamás llegó á abandonarlos, y siempre caminaba por delante, pues era el símbolo de la misericordia de Dios con su pueblo escogido.

Si pensamos ahora en el nuevo pueblo de Dios, tendremos que confesar que han sido muy abundantes para con él las divinas misericordias, que por cierto no había merecido. Hablando el Apóstol al pueblo gentil, decía lo siguiente: Si algunas de las ramas del pueblo judío han sido cortadas, y si tú, oh pueblo gentil, que no eres más que un acebuche, has sido ingertado en lugar de ellas, y participas de la savia que sube de la raíz del olivo, no tienes de que gloriarte contra las ramas naturales... considera la bondad y severidad de Dios: la severidad para con aquellos que cayeron, y la bondad de Dios para contigo, si perseverares en el estado en que te ha puesto esa bondad, pues de lo contrario tú también serás cortado (1). Antes había dicho que la caída de los judíos era una ocasión de salud para los gentiles, á fin de que el ejemplo de éstos excitase la emulación de los judíos para imitar la fe de aquéllos. Los judíos desecharon la fe de Jesucristo, dijo San Pablo. A vosotros

(1) Rom., XI, 11, 17, 22.

debía ser primeramente anunciada la palabra de Dios; mas ya que la rechazáis, y os juzgáis indignos de la vida eterna, de hoy en adelante predicaremos á los gentiles; pues así lo tiene ordenado el Señor. Te puse por luz de las naciones, para que seas la salvación de todas hasta el cabo del mundo (1).

Las gracias de Dios se han derramado sobre los gentiles con admirable profusión, realizándose en ellos lo que sólo en figura había tenido lugar en el pueblo judío; por esto los beneficios que Dios se dignó conceder en la antigua alianza, pasaron como una sombra que al presentarse la luz se desvanece; y los que concede en el nuevo Testamento, son más elevados, y contienen riquísimos tesoros de divina gracia.

La nube que acompañó en su peregrinación al pueblo escogido, los defendió de los egipcios, y los dirigió en su camino á la tierra prometida, y los libraba de los ardores de un sol de fuego. En la nueva alianza, la Madre purísima de Dios, á quien hemos considerado como nube de las misericordias del Eterno, nos libra del poder de los enemigos infernales, calma las iras del Señor que provocamos con nuestros delitos, y nos encamina á la patria celestial.

Es verdad que de la antigua nube se dice que la majestad de Dios se descubría en medio de ella; y que Dios descendía en la nube (2); mas

(1) Act., XIII, 46, 47.

(2) Exod., XVI, 10.—XXXIV, 5.

¿podemos comparar estas maravillas con las otras que ha realizado, presentándonos á su Hijo Unigénito, el esplendor de su gloria, que bajó del cielo y se hizo nuestro hermano? Dios en otro tiempo, dice San Pablo, habló á nuestros padres en diferentes ocasiones y de muchas maneras, por medio de los profetas, y también lo hizo por medio de su Angel; pero últimamente nos ha hablado por Jesucristo su Hijo (1).

Veamos, pues en la Madre inmaculada del Señor, la nube gloriosísima que Dios ha elevado sobre su pueblo, no solamente como anuncio de sus grandes misericordias, sino como el medio de que se ha servido para hacerlas llegar hasta nosotros. María es nuestra defensa contra los enemigos infernales, que tendrán que alejarse, al invocar el dulcísimo nombre de la Reina del cielo y de la tierra. ¿Se atreverán á presentarse delante de María, que ha triunfado, y siempre triunfará de las potestades del infierno? Quebrantó la cabeza de la antigua serpiente, y nunca estuvo sujeta á las cadenas del demonio, para quien es terrible como un ejército en orden de batalla.

María derrama la luz, comunica la fuerza, nos alcanza la gracia, está con nosotros y nos obtiene la victoria por la virtud de su Hijo divino nuestro Señor Jesucristo. Si nos rodean las tinieblas, Ella las disipa, porque es la Madre de la luz increada; si las tentaciones nos inclinan al mal, al ser invocada nos toma de la mano y nos sostiene; si los

(1) Heb., I, 1, 2.

funestos deleites de la carne se dejan sentir en nuestro corazón, María nos advierte del peligro, calma el ardor de las pasiones, y hácenos pensar en las santas delicias que sólo se hallan en el servicio de Dios nuestro Señor, ó bien nos llena de temores, y nos recuerda los eternos castigos en que podemos incurrir al cometer el pecado. ¡Oh, con cuánto empeño, y con qué constancia tan de madre realiza todo esto en favor de sus hijos que se ha dignado amar con un cariño nunca desmentido!

Si María no estuviese entre Dios y nosotros, deteniendo sus castigos; si no rogara por sus pobres hijos con tan tierno afecto, ¿qué sería de nosotros? porque Dios no quiere concedernos sus misericordias sino por medio de María. Todo es de Dios y todos nuestros bienes dimanar sin cesar de la bondad divina; mas esta misma bondad ha constituido á la Virgen santísima como el rico y perenne surtidor de todas sus gracias. Por esto, si María se alejase, si no nos viera con amor de madre, tendríamos que llorar penetrados de la más amarga pena. No contar para nada con esa madre tan tierna y compasiva, con la que es el tesoro de todas las misericordias del Señor; no estar entre Dios y nosotros esa nube de esperanza y consuelo que detenia los rayos vengadores de la divina justicia... Mas no, que Dios nos la ha dado por Refugio de los pecadores, y en Ella está toda la razón de nuestra esperanza, como decía San Bernardo, la única esperanza de los culpables; pues por Ella llegamos al único Mediador que el Padre nos ha dado, Jesucristo nuestro Señor.

En el desierto la nube encaminaba á los israelitas á la tierra prometida; á nosotros la Virgen santísima nos dirige á la patria celestial; mas ¿cómo lo hace? con una prudencia admirable y con una solicitud que sólo corresponde á una madre. Se acomoda á nuestras circunstancias: si Dios nos concede una vida tranquila y feliz, si nos da la salud, la riqueza, ú otros bienes de este mundo, María nos dice que no abusemos de ellos, ni pongamos nuestro afecto en bienes tan vanos, sino solamente en Dios, que es el Bien Sumo, inmutable y eterno; que no nos olvidemos de los pobres; y que veamos esos bienes como dones de Dios con los cuales podemos merecer el cielo: que no nos gocemos en ellos, sino en el Señor.

Si Dios nos manda tribulaciones y amarguras, dolores y tristezas, María se nos presenta en la cumbre del Calvario, sumergida en un océano de penas y aflicciones; y nos enseña cómo debemos padecer por Dios. María nos instruye como una madre lo hace con sus hijos; nos hace recordar que es la muy amada del Señor, Virgen purísima y que fué preservada de todo pecado, y á quien Dios llenó de su divina gracia; y que el Dios que así la amaba, la hizo padecer los más terribles dolores al pie de la cruz de Jesucristo.

De esta manera la purísima Virgen acerca á nuestros labios el cáliz del dolor, poniendo en él sus lágrimas de madre. ¡Dejaremos entonces de exclamar: Venga ese cáliz que nos presenta la madre que tanto nos ama; dejaremos de apurarlo hasta las heces? Si las penas nos viniesen sin es-

peranza ninguna, sin ningún consuelo, y por una mano dura y fría, temblaríamos al tener que padecerlas; mas es nuestra amadísima Señora la que nos dice: Llorad conmigo; no olvidéis que por vosotros he recorrido las sendas del dolor; y tened presente que soy esperanza y consuelo de los afligidos, y Refugio de los pecadores.

Oh Madre santísima de Dios, fecunda nube que llovió al Justo, al Salvador de los hombres, defendednos de todos nuestros enemigos, llevadnos de la mano por el camino del Señor, y no nos dejéis hasta introducirnos en la patria celestial.

II

Dios nos concede todos los tesoros de su gracia por medio de María; mas ¿qué debemos hacer para que esos tesoros nos sirvan en orden á la vida eterna? ¿No tendremos que cooperar á la divina gracia, ó será suficiente esperar la hora de las misericordias del Señor, permaneciendo entretanto en una culpable ociosidad? Contestamos estas preguntas con estas palabras de San Pablo: Por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no ha sido estéril en mí, pues he trabajado más que todos los otros en el ministerio evangélico; pero no yo, sino la gracia de Dios que está conmigo: *Gratia Dei mecum.*

De esta manera aprovecharemos las misericordias del Señor, y las atraeremos prevenidos con los auxilios de su santa gracia. Veamos lo que

sobre esto se nos dice en el Libro tercero de los Reyes.

Elias había rogado á Dios nuestro Señor para que no lloviese, y no llovió durante tres años y medio; rogó después en sentido contrario, y el cielo dió la lluvia y la tierra produjo su fruto; mas el profeta ¿cómo consiguió lo que pedía? Elias subió á la cima del Carmelo, y de rodillas en tierra, y puesto su rostro entre las rodillas, dijo á su criado: Anda, ve y observa hacia el mar. Hecho esto por el criado, volvió diciendo: No hay nada. Elias le dijo: Vuelve hasta siete veces. A la séptima vez, vió el criado que subía del mar una nubecilla como la huella de un hombre. Entonces Elias dijo á su criado: Anda, y di al Rey Acab: Engancha el tiro á tu carruaje y marcha luego, para que no te detenga la lluvia. Entretanto se oscureció el cielo en un instante, y vinieron nubes y viento, y empezó á caer una gran lluvia (1).

Si queremos que las gracias del Señor, cual copiosa y fecundante lluvia, desciendan sobre nosotros, acudamos á la purísima Virgen María y roguémosle, una y muchas veces, que interceda por nosotros. Perseveremos en nuestros ruegos, y no quedaremos sin consuelo.

Al orar á nuestra tierna y bondadosa Madre, reconozcamos y confesemos que si se digna escucharnos, no es por nuestros méritos, sino porque Ella es fuente inagotable de piedad y gracia,

(1) XVIII, 42-45.

y porque Dios la ha constituido consuelo y Refugio de los pecadores.

Supongamos que nuestra amadísima Señora tarda en concedernos lo que le pedimos; si así lo hace, atribuyámoslo todo á nuestra indignidad, y que por otra parte quiere María que nos preparemos para recibir los favores del cielo con mayor provecho; mas nunca se portará de esa manera porque vea con indiferencia nuestros males.

Si los ruegos que dirigimos á la que es nuestro amparo y refugio, van acompañados de humildad y confianza, y si pueden llamarse hasta importunos, jamás la dulcísima Señora dejará de atenderlos.

Al retirarse el Hijo de Dios hacia el país de Tiro y de Sidón, una mujer cananea empezó á dar voces, diciendo: Señor, Hijo de David, ten lástima de mí: mi hija está cruelmente atormentada del demonio.—¿Dejaría de tener lástima el que es la misma bondad, y que había venido al mundo para remediar todas las miserias de los hombres; el que tiene un corazón amabilísimo y lleno de misericordia, cual nadie ha tenido ni tendrá jamás? Sin embargo, Jesús no contestó ni una palabra. Sus discípulos le rogaban por la Cananea, que no cesaba de clamar; mas Jesús les contestó: Yo no soy enviado sino á las ovejas perdidas de la casa de Israel.—A pesar de todo, la Cananea se acercó al Señor, y le adoró, diciendo: Señor socórreme. Jesús le contestó: No es justo tomar el pan de los hijos y echarlo á los perros.—Es verdad, Señor, dijo la mujer; pero los perritos comen á lo menos las mi-

gajas que caen de la mesa de sus amos. (San Marcos dice *comedunt sub mensa*) (1).

A estas palabras se rindió el corazón de Jesucristo: ¡Oh mujer! grande es tu fe: hágase según lo desees.

Si rogamos á María como rogó á Jesucristo la Cananea, rendiremos también el corazón de la divina Madre: rogará por nosotros al Señor, y Dios hará lo que María le pida.

Debemos rogar á la Madre purísima de Dios; mas la gracia divina tendrá que prevenir nuestros ruegos. Tenemos confianza en Dios por nuestro Señor Jesucristo, decía el Apóstol; no porque seamos suficientes por nosotros mismos para concebir un buen pensamiento, como de nosotros; sino que toda nuestra suficiencia viene de Dios (2). Según esto, somos nada y enteramente incapaces para obrar el bien sin el auxilio divino; mas la bondad de Dios es infinita, y si hacemos lo que está de nuestra parte, no nos negará su gracia. Su bondad es infinita; decimos de nuevo; y entre las innumerables pruebas que de ella nos ha dado, brilla hermosísima y amable, la de haber constituido tesorera de todas sus gracias á la Virgen santísima, cuyo corazón es la misma clemencia. Esta es la razón de la confianza sin límites que tenemos en María. Dejad, si queréis, que no nos atienda desde luego; esto no hará vacilar ni disminuir un punto nuestra confianza en Ella, ni jamás dejaremos de

(1) Matth., XV, 21-28.—Marc., VII, 28.

(2) II Cor., III, 4, 5.

invocarla. Que nos diga: No he sido mandada sino para las ovejas perdidas de la casa de Israel.— Señora, le contestaremos, los israelitas no os han querido recibir; mas nosotros suspiramos por Vos, y á grandes voces os llamamos: venid á reinar sobre el pueblo que os ama y adora, y que en Vos tiene toda su esperanza.

No es bueno dar el pan de los hijos á los perros.—Es verdad, Señora nuestra; mas dejad caer de vuestra mesa algunas migajas de pan; así lo esperamos de vuestra gran misericordia.

No dejarán de llegar al corazón de María nuestras plegarias; es benignísima, y en todo imita la bondad de Jesucristo para con los pecadores; y por tal motivo saldrán de los labios virginales de María, estas consoladoras expresiones: Que todo se haga conforme lo deseáis. Y el corazón de la sagrada Virgen se habrá descargado del peso inmenso del amor que nos tiene. No hubiera quedado satisfecha, si hubiera reservado los tesoros de misericordia con que Dios la ha enriquecido para nuestro bien. En tal caso, que no admitimos ni por un instante, esos tesoros le dirían, si así podemos expresarnos, que tuviese compasión de nosotros; y desbordándose del seno de nuestra tierna y compasiva Madre, vendrían á enriquecernos.

Fué exaltada la Virgen purísima á la dignidad de Madre de Dios, á fin de cooperar con su Hijo divino á la redención de los hombres. Jesucristo nada reserva para Sí mismo; lo mismo hace su divina Madre. El Padre celestial manifestó su inmenso amor á los hombres, dándoles á su Hijo

Unigénito y entregándolo á la muerte por salvarlos. El Hijo de Dios se nos dió también por el amor que nos tiene y dió su vida por nosotros. No es de Sí mismo, sino de nosotros, y todos sus bienes nos pertenecen.—Ahora bien: la Virgen santísima, á la vista de una caridad tan extremada y de la munificencia del Eterno que con tanta largueza nos ha franqueado todos sus tesoros; aquella Virgen, decimos, ¿guardaría las riquezas de la gracia que lleva en su seno inmaculado, y á pesar de los ruegos que le dirigimos pidiéndole socorro? Jamás lo hará, sino antes pondrá en nuestras manos aquellas riquezas, y será Ella misma enteramente nuestra. Lo ha dicho y así lo cumple: En mis manos están las riquezas y la gloria, la opulencia y la justicia... á fin de enriquecer á los que me aman y henchir sus tesoros (1). Ha fijado su estancia en el monte de Sión, ha reposado en la ciudad santa y tiene su trono en Jerusalén; ha echado raíces en un pueblo glorioso, en la porción de Dios, que es su herencia, y vive en la reunión de los santos (2). Son nuestras, lo repetimos, todas sus riquezas, y Ella lo es también. ¿Quién podrá quitarle el amor que nos tiene; quién impedirle que nos favorezca? Sería indispensable arrojársela de su casa, privarla del reposo y derribar el trono en que reina tan gloriosamente sobre nosotros; en una palabra, arrancar de raíz su santa caridad que ha penetrado hasta las más recónditas

(1) Prov., VIII, 18, 21.

(2) Eccli., XXIV, 15, 16.

profundidades de nuestro espíritu. Nadie lo hará, y María vivirá para siempre en nuestro corazón; y así como el Hijo de Dios puede salvar perpetuamente á los que por su medio se presentan á Dios, como que está siempre vivo para interceder por nosotros, también María puede rogar sin descanso por los que se acogen á su santo patrocinio, como que siempre está viva á fin de interceder por nosotros. Ruega y siempre rogará por los miserables pecadores; porque así lo exigen las grandes miserias que padecen éstos, y también lo pide á esta dulce Madre su tierno y compasivo corazón; y de esta suerte coopera con su Hijo divino, de quien viene toda suficiencia, á la salud de los hombres.

A las palabras del Apóstol que hemos referido, se agregan las siguientes: Tal como Jesucristo nos convenía que fuese nuestro Pontífice, santo, inocente, inmaculado, segregado de los pecadores y elevado sobre los cielos (1). Así también era conveniente que fuese aquella santísima Virgen que el Señor en su bondad nos dió por defensa y amparo, por refugio y consuelo en todas nuestras penas y miserias; y así fué María, por la misericordia de Dios, para con los hombres. ¿Quién puede compararse, exceptuando á Jesucristo, con aquella Virgen, en la santidad y en la inocencia? ¿Quién fué como Ella inmaculado en el alma y en el cuerpo? ¿quién estuvo más lejos del pecado que la Madre de la gracia, que es más pura y hermosa que los serafines, y que se halla á la diestra de su Hijo en

(1) Heb., VII, 25, 26.

un trono gloriosísimo, como Reina del cielo y de la tierra?

Al pensar en las divinas grandezas de María, prorrumpen nuestros labios en cánticos de amor y de alabanza á Dios nuestro Señor, que quiso sublimarla sobre las demás criaturas, que la enriqueció de dones y virtudes, y la embelleció con todas las gracias de los cielos. Esa Virgen purísima es nuestra madre y hermana; nos ama con singular cariño, y nosotros la amamos con todo el corazón; por eso es indecible nuestro gozo al pensar en las gracias y favores que ha recibido del Eterno; y el amor que la tenemos nos hace decir: Lo que Dios ha hecho con María, lo ha hecho con nosotros; Dios ha obligado nuestra gratitud. ¿Con qué le pagaremos las riquezas que ha puesto en el seno de nuestra dulce Madre; y la pureza, y la hermosura y todos los encantos que le ha dado por herencia? Ni María puede pagar á Dios cumplidamente las grandes cosas que en Ella ha realizado el Dios que todo lo puede y cuyo nombre es santo; mas esto no nos exime de manifestar á Dios nuestro Señor la más tierna y amorosa gratitud por causa de María. Preservarla de toda mancha original, hacerla su Madre verdadera, elevarla en cuerpo y alma á los cielos, y tenerla á su diestra en gloriosísimo trono como Reina de todo lo criado.—Bendito sea nuestro amorosísimo Señor; le bendecimos, y le damos gracias y ensalzamos la gloria de su nombre. Unimos nuestra humilde gratitud á la santa y hermosa gratitud de María, y entramos en el gozo de la más afortunada de to-

das las criaturas.—La Madre y los hijos bendicen al Eterno con un mismo corazón; y Dios, en su bondad inmensa, hace que las gracias de María nos llegen como una prenda de su amor divino, y un testimonio del agrado y complacencia con que se digna recibir la ofrenda de santa gratitud que por manos de María le presentamos.

Seáis mil veces bendita por Dios nuestro Señor, oh Virgen santa; y sea glorificado vuestro nombre. El Señor Dios nuestro os ha colmado de gracias, os ha elevado sobre las demás criaturas, y sois la preferida de su amor. Recibid nuestros plácemes, y la dulce alegría de nuestras almas. Somos dichosos, porque Vos lo sois; nos corresponde toda vuestra dicha, porque sois nuestra Madre, y nuestros son los espléndidos tesoros con que se ha dignado enriqueceros el Señor; y con Vos nos han venido todos los bienes.

Amadísima Señora, contemplad nuestras miserias; ved que somos unos pobres pecadores que ponemos en Vos nuestra confianza; rogad por nosotros al Señor. Somos miserables, mas Dios os ha enriquecido con todos los dones de la gracia; somos pecadores, pero Vos, piadosísima Señora, sois nuestro Refugio; aplacad las iras del Eterno y alcanzadnos el perdón de nuestras culpas.



CAPÍTULO VIII

El irte de reconciliación y de paz.

I

APENAS había terminado en las primeras edades del mundo el terrible castigo del Diluvio que Dios mandó contra los pecadores, cuando dijo su Majestad estas palabras: No maldeciré en adelante la tierra por los pecados de los hombres; porque los sentidos del hombre y los pensamientos de su corazón, están inclinados al mal desde su juventud. No castigaré en lo venidero á todos los vivientes como ahora lo hice (1). Es amable y dulcísima la voz de la misericordia del Señor, voz que le es enteramente propia y que sale de su bondad infinita para el bien de las criaturas.

La misericordia del Eterno toma en sus labios tales expresiones para evitar el castigo de los pecadores, expresiones que nos llenan de un asombro inexplicable: Los sentidos del hombre lo in-

(1) Gen., VIII, 21.

clinan al mal, y sus pensamientos hacen lo mismo, y dice entonces el Señor: No maldeciré en adelante la tierra, ni castigaré á los hombres como acabo de hacerlo. Solamente el corazón de Dios, que ama á los hombres con tanta ternura, pudo dictar esa sentencia en que revela toda su bondad.

No es que Dios no aborrezca la culpa, ó quiera dejar el crimen sin castigo; porque El es santísimo, y su justicia es perfecta; mas su bondad infinita sabrá dejar á salvo los derechos de la justicia, y la santidad de Dios no será manchada. Dios mandará de los cielos á su Hijo Unigénito, y lo constituirá propiciación por nuestros pecados; y en vez de los castigos y terribles maldiciones que merecían nuestras culpas, conseguiremos por Jesucristo toda bendición y toda gracia, porque el Padre quiso poner sobre su Hijo todas nuestras culpas; y el Hijo se ofreció voluntariamente á la muerte por salvarnos; y como el sacrificio del Hijo de Dios es de un valor infinito, y el mismo Hijo es el objeto de las eternas complacencias del Padre, este Padre recibe con infinito agrado la honra que su Hijo le tributa; y los méritos de este Hijo hacen que donde abundó el delito sobreabunde la gracia. Así triunfa la misericordia y obtiene para los culpables la reconciliación y la vida.

Es tan dulce y amable la misericordia de Dios para con los pecadores, que si éstos se obstinan en la culpa y se pierden, queda herida en lo más vivo aquella misericordia. Esos hombres que se han perdido eternamente, eran sus hijos y estaban ligados con ella con vínculos de amor; vivían en

sus entrañas, y de ellas los ha arrancado la culpa, y ha destrozado aquellos vínculos.

Jesucristo es cabeza de todos los hombres é influye en ellos sus divinos auxilios, si bien de diversa manera. Entre el cuerpo natural del hombre y el místico de la Iglesia,—dice el angélico Doctor,— existe esta diferencia, que los miembros del cuerpo natural existen todos á la vez, mas no los del cuerpo místico, que se consideran no solamente según su existencia en acto, sino además en cuanto existen en potencia. En algunos la potencia nunca se reduce al acto, y en otros sí; pero en éstos en grados diferentes por la fe, por la caridad de esta vida y por la fruición de la patria. Considerándose, pues, todo el tiempo del mundo, decimos que Jesucristo es cabeza de todos los hombres según diversos grados; lo es de los que se le unen actualmente en la gloria, y en esta vida por la caridad, ó por sola la fe; y aun de aquellos que le están unidos sólo en potencia que puede ser reducida al acto; y por último de aquellos en quienes la potencia no llegará al acto, como los no predestinados, los cuales al salir de la vida dejan de ser por completo miembros de Jesucristo, pues ya no tienen ni aun la potencia de llegar á unirsele (1).

La divina misericordia pone sus ojos en los que de ella se apartan perdiendo la fe ó la gracia; usando de nuestro humano lenguaje, ¿dejará de sentirse llena de amargura? ¿Hablará entonces á esos desgraciados pecadores con tan dulce afecto

(1) 3, p. VIII, a III.

que pueda conmooverlos y sacarlos de la triste y funesta situación? Entrégate á la amargura de la penitencia; convierte tu corazón hacia el recto camino por donde anduviste; vuelve, pueblo mío, vuelve á tus ciudades. ¿Hasta cuándo estarás entregada á las delicias que te habrán de perder para siempre? Vuelve, oh hija extraviada, vuelve á mi seno (1).

Y abre la misericordia su seno amorosísimo aun á los mayores pecadores; y se les deja ver como una madre que no puede vivir sin sus hijos, y que llora inconsolable la desgracia que causa en ellos el pecado.—Mas no sucede siempre lo mismo; porque muchos atienden los tiernos reclamos del amor de esa madre; y entonces, allá en el cielo, los ángeles de Dios se llenan de alegría y cantan los hermosos triunfos de la misericordia del Eterno. En el caso contrario podremos decirle: Derrama día y noche tus amargas lágrimas como un torrente, y tus ojos no cesen de llorar (2). A una madre que pierde á sus amados hijos, no podemos dirigirle otras palabras; y si quisieramos hacerlo, tendríamos que decirnos: Apartaos de mí; dejadme llorar amargamente; no os empeñéis en consolarme en la desolación de la hija de mi pueblo; porque este es día de mortandad, de devastación y de gemidos, prefijado por el Señor Dios de los ejércitos (3).

(1) Hierem., XXXI, 21, 22.

(2) Thren., II, 18.

(3) Is., XXXII, 4, 5.

La dulzura de la divina misericordia para con los pecadores, al causarnos el más profundo asombro, hace preguntar: la gloria del Eterno ¿quedaría comprometida si los pecadores se perdiesen para siempre? ¿tiene Dios necesidad de sus criaturas para ser dichoso? Nada de esto podemos decir; porque la gloria de Dios es inmutable, y El es perfectísimo, y tiene en Sí mismo la razón de su infinita dicha. Busquemos, pues, el porqué de su admirable conducta, en su bondad. Es infinitamente bueno; y su bondad se derrama sobre sus criaturas, como un torrente impetuoso que las envuelve entre sus ondas de bendición y gracia; les comunica sus bienes celestiales, como si éstos no pudiesen ser contenidos en el seno del Eterno.

Dios nos comunica su misericordia por su muy querido Hijo nuestro Señor Jesucristo, por quien ha quedado satisfecha la justicia divina, muriendo por todos los hombres, que son justificados por los méritos del divino Redentor.

En Isaías hallamos las siguientes palabras: Qui-so el Señor consumirlo con trabajos; mas luego que le ofrezca su vida por el pecado, verá una larga descendencia, y será cumplida por su medio la voluntad del Señor. Verá el fruto de sus trabajos y quedará saciado.

Mi Justo, mi siervo, justificará á muchos con su doctrina, y cargará sobre sí los pecados de los hombres. Por tanto le daré como herencia una gran muchedumbre de naciones; y repartirá los despojos de los fuertes; porque ha entregado su vida á la muerte, ha sido confundido con los mal-

hechores, ha tomado sobre sí los pecados de todos los hombres, y ha rogado por los transgresores (1).—Somos la herencia del Hijo de Dios, que nos sacó de las tinieblas del pecado y nos trasladó al reino de la luz; y esto sin que quedasen vulnerados los derechos de la justicia del Eterno, ni manchada su santidad infinita; porque la sangre que Jesús derramó por nosotros, tiene un valor infinito, y su virtud santísima deja nuestras almas más blancas que la nieve. Esa sangre preciosa es la causa de todo nuestro bien, de nuestra eterna salud: Dichosos los que han lavado sus almas en la sangre del Cordero; sangre que reconcilia á los hombres con Dios y á la cual se referían principalmente estas palabras: La sangre os servirá como señal en las casas donde estuviereis; pues yo veré la sangre y pasaré de largo, sin que os toque la plaga exterminadora, al herir la tierra del Egipto (2). Y estas otras: Si la sangre de los machos de cabrío y de los toros, y la ceniza de la ternera esparcida sobre los inmundos, los santifica en orden á la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual por el Espíritu Santo se ofreció á Sí mismo inmaculado á Dios, limpiará nuestras conciencias de las obras muertas de los pecados, para que tributemos un verdadero culto al Dios vivo? Y por eso Jesús es mediador de un nuevo testamento; para que, en virtud de su muerte en expiación aun de las prevaricaciones come-

(1) LIII, 10-12.

(2) Exod., XII, 13.

tidas en tiempo del primer testamento, reciban la herencia eterna prometida á los que han sido llamados de Dios; porque donde hay testamento, es necesario que intervenga la muerte del testador.... Y sin efusión de sangre no hay perdón (1).

Moisés,—dice también el Apóstol,—tomando la sangre de los novillos y de los machos de cabrío, con agua y lana teñida de grana é hisopo, roció el libro de la ley y á todo el pueblo (2).—¿Quién hace llegar hasta nosotros, cual celestial rocío, la sangre del Hijo de Dios? Dios no nos comunica sus gracias sino por medio de María. La intervención de la divina Madre en nada disminuye la eficacia de los méritos de Jesucristo; porque María todo lo recibe de Jesús; y por otra parte exalta la benignidad y la dulzura de su Hijo primogénito, que quiere que á El nos acerquemos en compañía de aquella santísima Señora, siempre agradable á los divinos ojos.

Jesucristo por los méritos de su pasión y muerte nos ha hecho enteramente suyos; somos sus hermanos, y también sus hijos adoptivos. ¿No tendrá que intervenir en estos misterios de gracia y de perdón, esa Madre que, al serlo también de los cristianos, los hace, mediante la divina gracia, hermanos del Hijo de Dios, que por madre reconoce en el mundo á María?

Tenemos por padre á Jesús, y Jesús al morir nos ha dicho: Es María vuestra madre. De esta

(1) Heb., IX, 13-16, 27.

(2) *Id.*

manera, la virtud de la preciosa sangre hace fecundo el corazón de María. Somos sus hijos, y por Ella, hijos también adoptivos de su Hijo primogénito.

Los grandes bienes que recibimos de Dios por medio de María, nos están diciendo que todo en Ella es bondad, y gracia, y misericordia, y maternal dulzura, y que si el Hijo de Dios es el soberano Mediador entre el Padre celestial y nosotros, la bondad divina ha colocado á María entre Jesús y los hombres, cual Medianera de gracia que aplaque las iras del Señor y nos alcance los dones celestiales, y como iris bellísimo de reconciliación y de misericordia, nos anuncia la paz del Señor.— Dios al verla rendida á sus pies, rogando por nosotros, calmará su enojo, nos dará el perdón; y la Virgen sacratísima, la que Jesús nos dió por madre, acercándose á nosotros, traerá consigo los tesoros de la gracia; y por María alcanzaremos la vida, la luz, la fuerza y la paz de Dios con todos sus encantos y delicias. ¿Qué bien no conseguiremos por los ruegos de María? Conoce todas nuestras necesidades y miserias, todo lo alcanza del Señor, es nuestra Madre, y Dios mismo la ha dado á los hombres, cual dulce y piadosa Medianera, á fin de comunicarnos por sus manos todos sus tesoros. Bendito sea quien así lo ha dispuesto para nuestro bien.

II

Pondré mi arco en las nubes y será señal de alianza entre Mi y la tierra. Y cuando Yo cubriere el cielo de nubes, aparecerá mi arco, me acordaré de mi alianza con vosotros y con toda alma viviente... Y repitió Dios: Esta es la señal de la alianza que tengo establecida entre Mi y todo lo que vive sobre la tierra (1).

El iris nos hace recordar las funestas consecuencias del pecado, que nos trajo la enemistad de Dios. El iris nos anuncia la alianza venturosa establecida por la divina bondad entre Dios y nosotros. El iris nos deja entrever un porvenir de bendición y gracia. Contemplemos todo esto en la intervención misteriosa que tiene María en los grandes asuntos de la misericordia del Eterno.

María en su inmaculada y sacrosanta pureza, si por una parte nos llena de inefable dicha, porque Ella es hermosísima, es amable y perfecta, es el tesoro de todos los bienes del Señor, y con Ella nos ligan los más preciosos vínculos de amor y gratitud; por otra parte nos hacen recordar que sólo Ella fué preservada de la culpa original y que nosotros contrajimos la culpa de Adán al ser concebidos; que aquella inocente y purísima Virgen aumentó sin cesar el tesoro de la gracia con que Dios se dignó enriquecerla; mientras nosotros

(1) Gen., IX, 13-16.

la hemos manchado con las culpas más graves. Ese cotejo entre María y nosotros que somos sus hermanos y nos llamamos sus hijos, nos cubre de vergüenza y nos llena de pena y de amargura. Esta hermana, esta madre, ¿dejará de avergonzarse de tenernos por hijos y hermanos? Su incomparable y celestial pureza nos revela que es Madre dignísima de Dios, y que han de ser como Jesús los hijos de María. Hermoso y saludable pensamiento que habrá de inclinarnos, mediante la gracia divina, á trabajar en nuestra santificación. ¿Escucharíamos sin un dolor inmenso estas palabras que pudiera dirigirnos nuestra dulce Madre: No os conozco? Ser desconocidos de la más tierna y compasiva madre, sería una agudísima espada de dolor que, al hundirse en nuestro seno, nos dejaría sin vida. Si no nos conoce, no nos pertenece su amor dulcísimo y sagrado que es toda nuestra dicha. Volverá sus ojos á otra parte y tendrá por hijos á otros que sean menos indignos. Y si por Ella nos vienen todas las gracias del Señor, ¿qué sería de nosotros sin el auxilio, sin los ruegos ni el amor de la que es el amparo y el consuelo de los miserables?

Por nuestras culpas, cubrirá Dios el cielo de nuestras esperanzas de obscuras y pesadas nubes que anuncian los terribles castigos que quiere descargar sobre la tierra.

¡Ay de nosotros si en esas nubes no aparece el iris de la esperanza y del consuelo, María, deteniendo las iras del Señor y rogando por nosotros! Por esto los miserables pecadores acudimos á

Ella y le recordamos que es señal de alianza entre Dios y los hombres; que no ha sido dada al mundo para el castigo del pecado, sino para llevar en sus brazos al Hijo de Dios, que vino al mundo para salvarlo.

Ese iris de reconciliación y gracia, María nuestra piadosa y compasiva Madre, no sólo nos revela la alianza establecida entre Dios y los hombres, sino que es un vivo testimonio de tal alianza. Preguntadle quién es el Niño que trae entre sus brazos, y os contestará que es el Hijo de Dios, y es también su Hijo que fué concebido por obra del Espíritu Santo; y que ese Hijo es la esperanza y la eterna salud de los hombres.

María no sólo nos anuncia la alianza entre Dios y los hombres, acabamos de decir, sino que también es un vivo testimonio de esa misma alianza; porque á tal Madre, la más pura de todas las vírgenes, no convenía, nos dijo San Bernardo, sino un Hijo que fuese Dios (1). Dios con nosotros, Dios salvador de los hombres; pero á la que es Madre del Dios Redentor de los hombres redimidos, correspondía solamente una alianza de amor. No tenía que tratarse del castigo de los pecadores, y sí de su perdón; porque estaba cancelada la cédula del decreto firmado contra nosotros, y que nos era contrario: esa cédula la quitó de en medio el Hijo de Dios y la enclavó en su cruz; despojó á los principados y potestades infernales, los sacó valerosamente en público y los llevó delante de

(1) Hom. 11 Sup. Missus.

Sí, triunfando de ellos en su propia persona (1).

María, alianza de amor entre Jesús y nosotros... Es nuestra Madre dulcísima un lazo precioso que nos liga con nuestro Hermano primogénito. En uno de sus brazos toma la Virgen Santísima al Hijo que llevó en su seno; y con el otro nos estrecha con ternura inmensa. ¡Cuántas delicias gozamos en ese maternal abrazo! Olvidamos un instante nuestras miserias y dolores, nuestros pecados que Dios ha perdonado,—así lo esperamos,—con su preciosa sangre; y contemplamos al Hijo y á la Madre con miradas de inefable amor; no tenemos la cercanía de Jesús, porque es nuestro hermano, y no se desdén ni se avergüenza de darnos el nombre de hermanos (2). Esa cercanía, la unión que María nos proporciona con su Hijo y nuestro Dios verdadero, es fuente inagotable de delicias, y nos inspira una confianza sin límites en ese hermano que tanto nos ama. Hace llegar hasta nosotros sus inefables consuelos. Quien le ama, quien está unido á ese hermano, amante y cariñoso cual ninguno, tiene consigo al Autor de la paz, principio de la vida, al que es todo nuestro bien.

Las dulces miradas de Jesús y la sonrisa amorosa de sus labios, si nos inspiran profundísimo respeto, por ser El quien es, no nos dejan, sin embargo, retirarnos de su Majestad; y, llenos de confianza, ponemos en El nuestras miradas, y le decimos: Sois todo nuestro amor. Entretanto la Madre de

(1) Colos., II, 14, 15.

(2) Eph., II, 11.

Jesús, y nuestra madre, contempla, llena de consuelo, esa escena de fraternal y sacrosanta unión que conmueve sus entrañas.

¿Por quién nos han venido tantos bienes? ¿quién es la que así nos une á Jesucristo? María, iris de reconciliación y de misericordia, de paz dulcísima y sagrada; María, que lleva en sus brazos á Jesús y nos lleva también á nosotros.

Durante nuestra vida descansemos en brazos de María; en otra parte jamás disfrutaríamos de tan puro y celestial consuelo. Mas ¿en qué consiste el descanso de que hablamos? Recordemos estas palabras de David, que nos darán la respuesta que aplicamos á nuestro objeto: Arroja en el seno del Señor tus ansiedades y El te dará el sustento; no dejará al justo en agitación perpetua.... Yo, oh Señor, tengo en Ti toda mi esperanza (1). Pongamos en el seno de María nuestras inquietudes y cuidados, las penas y dolores que agobian nuestro espíritu, nuestras culpas, nuestras ansiedades y deseos; en una palabra, lo pasado, lo presente y lo futuro, todo nuestro sér. ¿Cómo tendremos que hacerlo? Pidiéndole, llenos de humildad y de confianza, su intercesión poderosísima para con Dios nuestro Señor; acudiendo á esta tierna y compasiva Madre en todas ocasiones, buscando en Ella la luz, la vida y la gracia, el consuelo y todos los bienes. Tiene en sus brazos al Salvador de los hombres, en quien están todos los tesoros del cielo y de la tierra. Es su Hijo, y de sus brazos lo pa-

(1) Ps. LIV, 23, 24.

sará á los nuestros; y Jesús jamás negará cosa alguna á su divina Madre; y esa Madre rogará por nosotros. Pongamos nuestros poderes en sus manos, si así podemos expresarnos, y María lo arregle todo por nosotros con Dios nuestro Señor; y en seguida recibamos de las manos de la tierna y bondadosa abogada de los pecadores, lo que quiere darnos; recibámoslo con la sumisión más perfecta, llenos de gozo, y bendiciendo la voluntad del Señor: que se nos dé la aficción ó el consuelo, la enfermedad ó la salud, la muerte ó la vida, siempre cantaremos la gloria del Eterno, sin querer otra cosa sino lo que El se digne disponer. Siempre veremos en la intervención de la sagrada Virgen las pruebas inequívocas del amor que nos tiene; y nada turbará nuestras almas, y en ellas tendrá que reinar la paz de Dios por medio de María. Descansando en sus brazos, nada tenemos que temer; rogará por nosotros, y nos vendrán todos los bienes con su poderosa y santa protección. ¿Qué no hace una madre por sus hijos? Emplea en su favor todos los bienes que están á su alcance, pone en juego toda su influencia, ni olvida cosa alguna que pueda servirle para un objeto que tanto le interesa, el bien de los hombres sus hermanos, sus queridos hijos.

El iris bellissimo de misericordia y de consuelo, de paz y de dulzura, María, á quien llamamos Refugio de los pecadores, no se contenta con prodigarnos sus santas bendiciones durante nuestra vida; mas, á fin de alentarnos, nos promete para lo futuro las delicadas y preciosas gracias que pudié-

ramos desear: Quien me hallare, hallará la vida y alcanzará del Señor la salvación. Y á fin de excitarnos para que caminemos con empeño por las sendas de la santidad, añade: Quien pecare contra mí, dañará su propia alma. Todos los que me aborrecen aman la muerte (1). Esta santísima Señora habia dicho que caminaba por las sendas de la justicia, y por la carretera de la rectitud, á fin de enriquecer á quien la amase, y colmar sus tesoros. ¡Cuánto es lo que hace por nosotros esta dulce Madre! Procura nuestro bien, ofreciéndonos el cielo, y quiere alejarnos del pecado, recordándonos los castigos eternos; y por último, nos convida á seguirla, pide que la amemos, y nos descubre que las riquezas que ha adquirido por sus grandes méritos, serán para nosotros, si obedecemos con fidelidad lo que nos manda, si le damos nuestro corazón. ¿Dejaremos de ponerlo en sus manos, y no será para esta santa Madre todo nuestro afecto? Al decir estas palabras, recordamos las siguientes de David: Si yo me olvidare de tí, oh Jerusalén, sea entregada al olvido mi mano derecha; y quede mi lengua pegada al paladar, si no me propusiere á Jerusalén por el objeto de toda mi alegría (2). ¿Cómo olvidar á esta incomparable y sacrosanta Virgen, siendo, como es, todo nuestro amor? Y en Ella está, después de Jesucristo, nuestra esperanza de vida y salvación. Esperamos en Ella, porque sus ruegos todo lo alcanzan del Eterno, porque

(1) Prov., VIII, 35, 36.

(2) Ps. CXXXVI, 5, 6.

Ella nos ama y cuida de nosotros, por ser nuestra madre. Esperamos en Ella, porque es el Refugio de los miserables pecadores; y ninguno ha llegado á los pies de la divina Madre, que no recibiese alivio y consuelo: jamás desechó la oración de los humildes. Bien lo sabe: nació para remediar nuestras miserias, para enjugar nuestro llanto, para aplacar, en fin, la indignación de Dios, que hemos provocado con nuestros delitos.

Si recordamos nuestras culpas, y en seguida la justicia de Dios se nos presenta con todos sus rigores, tiembla nuestro corazón, y tenemos que exclamar: ¿En dónde podré esconderme de la presencia del Señor? porque mucho he pecado en mi vida.

Mis culpas me llenan de temor y de vergüenza. Oh Dios mío, no me condenéis en vuestro juicio. Mas, á pesar de todo, la Virgen sacrosanta, que sabe calmar la indignación de Dios, calmará también nuestras terribles y penosas inquietudes: Salvadnos, le diremos, oh María, pues sois la esperanza, aun de aquellos que por desgracia la han perdido (1); salvadnos, porque sois el Refugio y el hospicio al que pueden recurrir los pecadores; no tenemos otro refugio que el vuestro (2); á nadie desecháis, á ninguno volvéis vuestras espaldas; mas, al ser invocada, acudís luego á socorrernos. Por esto ponemos los ojos en vos, y os llamamos como llama un hijo afligido á su buena y cariñosa madre.

(1) Glorias de María, San Juan Damasceno, cap. III.

(2) S. Thom. Villanov., Serm. 3 de Nativ. V. M.

Quede nuestra lengua pegada al paladar, si no fueseis el objeto de nuestros cánticos de bendición y gloria. Los beneficios que sin cesar nos dispensáis y el cariño que tenéis á vuestros hijos, nos piden esos cánticos y abren nuestros labios para deciros: Bendita seáis mil veces, oh vos, la preferida del Eterno, la preservada del pecado y á quien Dios colmó de sus divinas gracias. Bendita seáis mil veces la que tanto amáis á los hombres, y que trabajáis sin cesar por su salud eterna; la que sois para los desgraciados, para los pobres pecadores, iris de esperanza y de consuelo, de paz y de misericordia.

